



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LA CAMPAÑA DE CHILOÉ

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



menudo se olvida que el fin último de toda estrategia no es acabar físicamente con el enemigo, sino anular su voluntad de lucha, y aunque estos triunfos menos sangrientos parezcan menos «lucidos» que los conseguidos tras grandes combates y enormes bajas por ambas partes, lo cierto es que exigen unas dotes poco comunes en los mandos, hombres y buques a sus órdenes, y suelen ser de efectos más decisivos que muchas disputadas batallas, que en reali-

dad, y tras detenido análisis, resultan muchas veces ser victorias «pírricas» o mucho menos resolutivas de lo que pueda parecer a primera vista. Y si, como es el caso, el conflicto armado enfrenta a naciones hermanas, el lógico sentimiento de humanidad que rechaza las grandes carnicerías, se ve doblemente satisfecho.

Como es sabido, la escuadra española del Pacífico se hallaba en aguas chilenas a fines de 1865 con motivo del contencioso con este país y con la república del Perú. Por motivos que ahora no interesan (y casi sin importancia como para justificar una contienda), la tensión había llegado al punto de que, esperando una satisfacción del gobierno chileno, los buques al mando del almirante Pareja habían bloqueado las costas del país andino. Cumpliendo denodadamente esa misión, y cuando realmente todavía no habían hablado las armas, la pequeña goleta *Covadonga*, de 412 toneladas de desplazamiento y armada sólo con dos piezas de a 68, fue apresada por la corbeta chilena *Esmeralda*, del doble de desplazamiento, y artillada con 20 piezas de a 32 y dos de a 12, aparte de una dotación más que doblada y de mayor andar a vapor, tras el combate naval de Papudo, el 26 de noviembre de aquel año. La consternación cayó sobre los buques españoles, y Pareja, abrumado, se suicidó, considerándose responsable de la pérdida de la goleta y creyendo que también había sido apresada la *Vencedora*, algo que no llegó a suceder, pero que figuraba en los planes aliados.

Componían la escuadra del Pacífico las fragatas de hélice *Villa de Madrid*, insignia, *Blanca*, *Berenguela* y *Resolución*, así como la goleta *Vencedora* y algunos transportes, escuadra que se acababa de ver decisivamente reforzada con la blindada *Numancia*, al mando del brigadier Méndez Núñez, que tomó el mando de la escuadra, ordenando su concentración frente a Valparaíso para evitar la repetición de sorpresas.

Los planes aliados

Con anterioridad al apresamiento de la *Covadonga* los aliados peruanos y chilenos habían ya establecido un plan de acción para enfrentarse a la superior escuadra española. El enfrentamiento directo les estaba vedado por su inferio-

ridad, pero aparte de intentar sorprender aislados a varios de los buques españoles, plan que sólo se concretó en el caso de la goleta, habían decidido tomar como base de operaciones el archipiélago de Chiloé. Realmente la elección parecía muy acertada: en aquel punto constituían una amenaza para las líneas de comunicación de la escuadra española con la Estación Naval del Río de la Plata y la propia España, y si ésta se concentraba allí, dejaría libres las costas de Perú y las de mayor importancia económica y política de Chile. También era el mejor lugar para que se les reunieran los blindados peruanos recién adquiridos en Europa, el monitor *Huáscar* y la fragata *Independencia*, entonces en viaje por el Atlántico.

Pero la mayor razón para elegir aquella posición era su intrincada geografía, que constituía su mejor defensa. Chiloé es un archipiélago de más de 60 islas, aparte la principal, y miles de pequeños islotes y escollos. En aquel laberinto, entonces de cartografía escasa, incompleta y muy anticuada, las mareas y corrientes adquieren una fuerza, amplitud y variabilidad con pocas semejanzas en el globo. Si los buques españoles intentaban introducirse allí para atacar a los aliados, se exponían a un desastre.

Williams Rebolledo, el comandante de la *Esmeralda*, recibió el mando supremo de la escuadra en recompensa por su reciente victoria al apresar a la *Covadonga* y, tras incorporar ésta, ya reparada y con mejorado armamento, a sus fuerzas, empezó a preparar en Abtao una base a la espera de los buques peruanos, mientras se le incorporaban los vapores *Maipú* y *Lautaro*, así como algunos transportes. La Armada de Perú designó para la misión a sus mejores buques: las fragatas de hélice *Amazonas* y *Apurímac* y las dos recién entregadas y magníficas corbetas de blindaje parcial *América* y *Unión*, al mando conjunto del capitán de navío Manuel Villar.

Las dificultades que ofrecía Chiloé para la navegación quedaron pronto palmariamente de manifiesto, al encallar cerca de Abtao la *Amazonas*, el buque más poderoso de los aliados, que se perdió totalmente al quebrarle las mareas el casco, con la pérdida de dos tripulantes, aunque se pudieron salvar su artillería y buena parte de sus pertrechos. Para colmo de desgracias, a poco voló la caldera del chileno *Lautaro*, quedando el buque inutilizado por completo, y con pérdida de siete muertos y otros once heridos.

Sobreponiéndose a tales avatares, los aliados siguieron con sus planes, fondeando en círculo frente a la entrada de la bahía de Challahué, a espaldas de punta Abtao, donde se había montado una base provisional, como ya sabemos. Por diversos motivos, Rebolledo, con la *Esmeralda*, no se reunió con ellos, por lo que en el siguiente combate el mando aliado recayó en el peruano Villar.

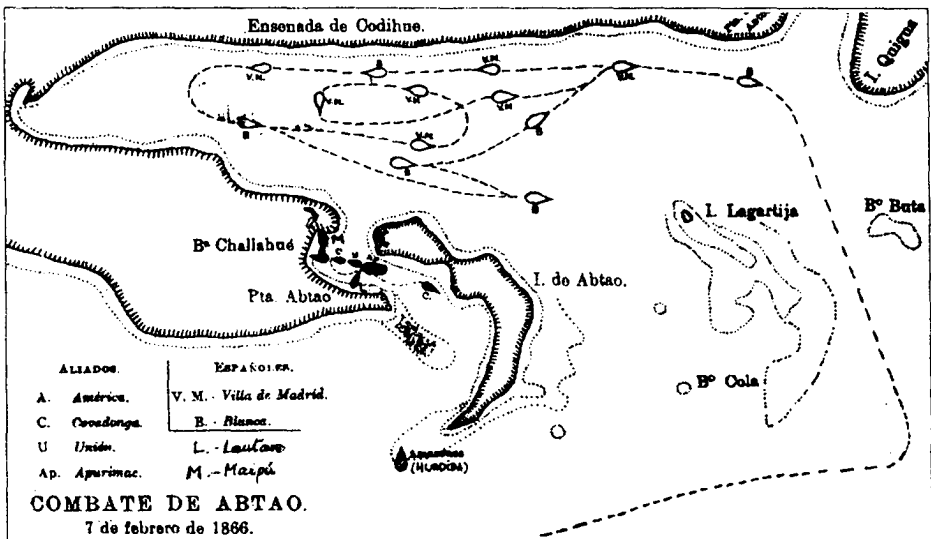
La fuerza reunida constaba de la fragata de hélice peruana *Apurímac*, al mando del capitán de fragata Benjamín Mariátegui, con ocho piezas de 68 libras y 20 de 32, aparte de una de 130 y otra de 68 procedentes de la perdida *Amazonas*, instaladas en colisas (montajes giratorios) a proa y popa; el buque

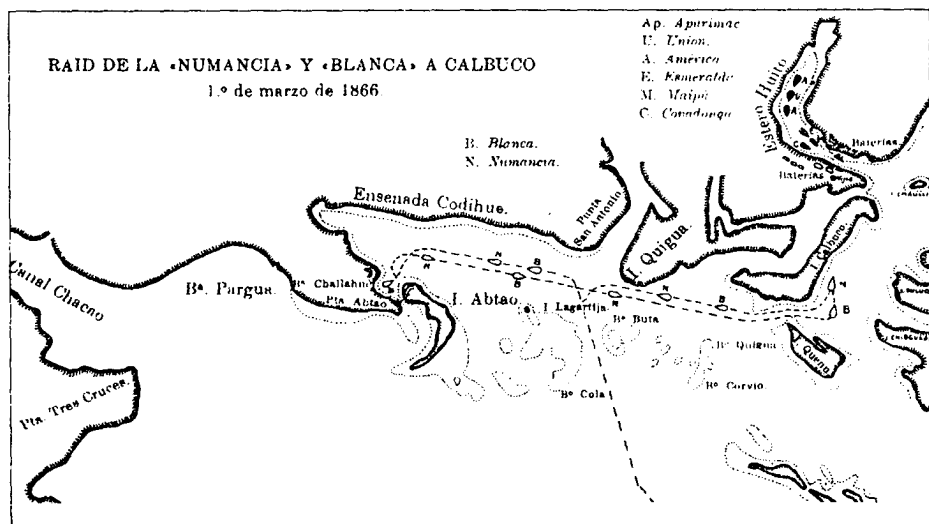
tenía problemas de máquinas y se le montó un blindaje provisional. Las dos corbetas, también peruanas *Unión* y *América*, estaban al mando de los del mismo grado Miguel Grau y Manuel Ferreyros. Como dijimos, los buques tenían un blindaje parcial de 10 cm de hierro en máquinas y calderas, y los artillaban doce cañones rayados de a 70 y dos menores. Los buques chilenos se limitaban a la remozada *Covadonga*, armada ahora con tres piezas de a 68 y dos rayados de a 18, al mando del capitán de fragata Thomson; el malparado *Lautaro*, con cuatro piezas de a 68, y el vapor *Maipú* (según otras fuentes el transporte armado *Antonio Varas*) con una colisa de a 68 y cuatro piezas de a 40.

Para incrementar las defensas, se instalaron en tierra tres baterías con las siete piezas de a 68 restantes de la malhadada *Amazonas*, al mando de los tenientes Domingo Salamanca, Santiago Hudson y del capitán de corbeta Manuel Hurtado. El resto de los cañones de la fragata, unos 28 de a 32, quedaron defendiendo el puerto de Ancud, y no participaron en el combate.

El combate de Abtao

Mientras tanto, Méndez Núñez recibía instrucciones del gobierno, en las que, tras confiar en que la mediación de otras potencias neutrales llevara a un acuerdo satisfactorio, se le marcaba como objetivo fundamental si ésta fracasaba la destrucción o apresamiento de los buques de guerra enemigos y, sólo en caso de no ser posible, se recurriría a bombardear alguno de los puertos chilenos o peruanos. La cuestión estaba pues clara, y tras barajar la idea de conducir él mismo la expedición, con las *Villa de Madrid*, *Resolución* y *Blan-*

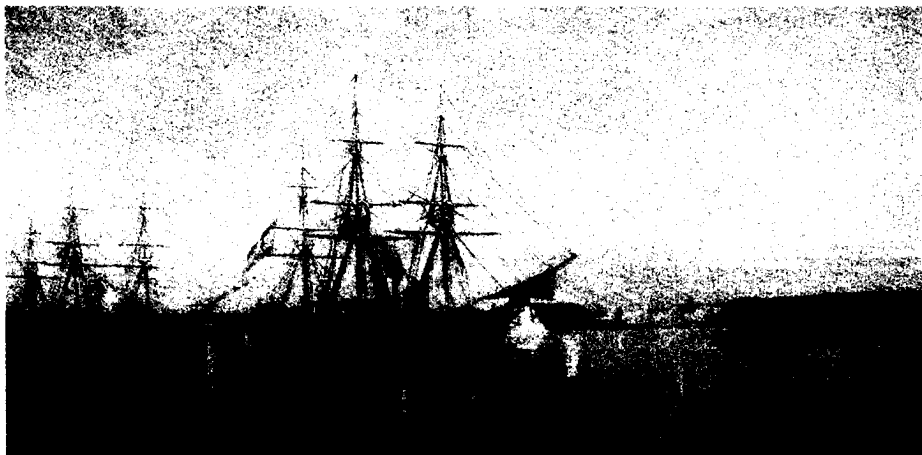




ca. dejando el resto al mando de Pezuela frente a Valparaíso, se decidió enviar sólo a la primera y la última, la *Villa de Madrid*, al mando del capitán de navío Claudio Alvar González, que tomaría el mando conjunto por ser el más antiguo; y la *Blanca*, un buque mucho menos potente que la anterior, pero de menor calado y muy maniobrero, más idóneo para navegar por aquellas aguas difíciles, al mando del de igual grado Juan Bautista Topete.

La travesía se hizo a vela, para ahorrar carbón, y tras recalar en Juan Fernández para obtener información y víveres (allí se desconocía incluso el estallido del conflicto) se dirigieron a Chiloé. No podemos referir como se debiera la dificultad y el mérito de aquella navegación, baste saber que las diferencias de marea en el archipiélago eran de más de 10-12 metros en algunos lugares y que, en ocasiones, las dotaciones observaron asombradas que en el lugar donde habían estado fondeadas con toda seguridad calado de sobra se descubría totalmente un fondo de arenas y piedras apenas una hora después. Si como escribió con tanto gracejo Galdós en su episodio nacional *La Vuelta al mundo de la Numancia*, los de casa se dejaban allí los zapatos... (en alusión a la pérdida de la *Amazonas*) ;...qué no perderían los de fuera! Pero, al fin, con la sonda siempre por delante, con mil precauciones y con la ya más que acreditada destreza de Topete, el 7 de febrero de 1866 dieron vista a la escuadra enemiga, en la disposición que ya hemos comentado.

La posición aliada era muy fuerte, y además existía el peligro de bajíos no conocidos, pecios sumergidos o incluso minas, por lo que el prudente Alvar González decidió no acercarse a más de una milla náutica, unos 1.800 metros. Esa distancia era excesiva para las piezas lisas de la época, pero era la única que parecía segura. Ya conocemos el artillado de los buques aliados; en cuanto



Fragatas *Blanca* y *Villa de Madrid* en el combate de Abtao. (Óleo/lienzo. R. Monleón. Museo Naval. Madrid).

al de las dos fragatas españolas era, en la *Blanca*, de 10 cañones de a 68, 26 de a 32 y 3 pequeños rayados de 12 cm, aparte de los de las embarcaciones menores, mientras que la *Villa de Madrid* contaba con 31 de a 68, 6 de a 32, 5 rayados de 16 cm (una poco afortunada transformación de lisos de a 32) y dos rayados de a 12, con un total de 86 piezas, de las que sólo 44 podrían hacer fuego simultáneamente por estar repartidas a ambas bandas. Los aliados tenían un total de 75, de las que podían abrir fuego a la vez unas 43, por lo que, en apariencia, defensa y ataque estaban bastante equilibradas.

Sin embargo la ventaja aliada era evidente en cuanto a piezas rayadas, las de mayor alcance y poder de penetración, pues frente a las diez españolas de 16 y 12 cm, de características y prestaciones poco brillantes, ellos disponían de una gran pieza de a 130, 24 magníficas de a 70 y 2 de 18. Otra cuestión, que amplió aún más la ventaja teórica de los aliados, era que las dos fragatas españolas no podían hacer fuego simultáneamente por falta de espacio, debiendo disparar sus andanadas por turno.

A eso de las 0415 de la tarde rompió el fuego la *Apurimac*, seguido inmediatamente por toda su escuadra y baterías aliadas, y al que tenían que responder las fragatas españolas con las dificultades que hemos señalado, aparte de que los buques americanos apenas se distinguían tras las dos puntas de tierra que cerraban la entrada a su fondeadero y el humo de sus propios cañones y máquinas. Cada una de las fragatas dio a poca velocidad dos vueltas redondas en paralelo a la línea enemiga durante el combate, haciendo tiros por rebote, con bala, y por elevación, notando que el mejor fuego enemigo era el de las piezas de a 70 de las corbetas peruanas, aunque éstos se lamentaran después de que por fallos de espoletas buena parte de ellos estalló en el aire.

Tras hora y cuarto de combate, durante el cual unos y otros arrojaron no menos de 1.500 proyectiles en total. Alvargonzález, viendo la noche aproximarse y ante la apremiante necesidad de salir a aguas más seguras con luz suficiente, decidió la retirada. Durante ella ocurrió un hecho curioso: la *Blanca*, ya fuera de tiro, forzó una escora para reconocer un impacto enemigo cerca de la línea de flotación, que resultó irrelevante. Pero la ahora chilena *Covadonga*, creyendo que la española estaba seriamente averiada, salió de la línea aliada y empezó a bombardear a la fragata por elevación, ya que el islote de Abtao impedía el fuego directo. La respuesta a la atrevida tentativa no se hizo esperar, cayendo un chaparrón de proyectiles españoles sobre la goleta, incluso a sólo dos o tres metros por ambas bandas, lo que decidió a los chilenos a una retirada antes de que el tiro español, también por elevación, se afinara. Aquella noche, y ya a distancia, los españoles esperaron a sus enemigos, incluso provocándoles con algún cañonazo a modo de desafío; pero el guante no fue recogido, por que las dos decidieron reincorporarse al grueso de su escuadra.

El resultado material del cañoneo de Abtao fue poco importante: en la *Villa de Madrid* se registraron siete balazos en el casco y cuatro en la arboladura y jarcia, con un total de cuatro heridos, todos de escasa gravedad, y tres contusos. La *Blanca* recibió ocho en el casco y otros tantos en la arboladura, con sólo dos heridos, pero con la pena de que una de las balas enemigas destrozara su mascarón, que representaba a la reina doña Blanca de Castilla. Ninguno de los impactos en ambos buques tenía mayor importancia, aunque sí la tuvo el que dos piezas rayadas de la *Villa de Madrid* reventaran por la boca, seguramente al forzar la carga para mejorar el alcance, pero sin causar otros daños y bajas. En cuanto a los aliados, aunque los partes son mucho más incompletos y contradictorios, parece claro que la *Apurimac* recibió tres balazos en el casco, una granada que le destrozó el bote de popa y otra que rompió los vientos de la chimenea. La *América* recibió cuatro en el casco y dos en la arboladura; la *Unión* tres impactos, con la mala suerte de que uno de ellos entró por una porta y causó un destrozo entre los artilleros. La *Covadonga* recibió uno, que penetró tres pulgadas en el casco, cuando intentaba «rematar» a la *Blanca*. Las bajas humanas fueron, al parecer, de un total de 12 muertos y una veintena de heridos.

Aunque no había sido obviamente más que un combate muy limitado, no cabe duda de que la victoria correspondió a los españoles, tanto por su magnífica navegación en aguas donde los aliados habían perdido una fragata de mucho menor calado que la gran *Villa de Madrid*, como porque en el cañoneo, y pese a contar con cañones de menor alcance, los españoles causaron más bajas y daños que los recibidos. Sin embargo, los aliados, satisfechos por el resultado, proclamaron su victoria al haber impedido la destrucción de sus buques, que hubiera sido casi inevitable en aguas menos aptas para la defensa.

Pero su conducta no tardó en señalar quiénes eran los vencedores del cañoneo: reincorporado Williams Rebolledo a la escuadra con la *Esmeralda*, se juzgó que incluso Abtao era un fondeadero demasiado peligroso, y se decidió trasladar a los buques aliados a un lugar más seguro y de menor calado: Huito. Allí las defensas incluían siete baterías en tierra con un total de cuatro cañones de a 68, 8 de a 32, 2 de 110 libras y un monstruoso *Blakely* de a 500 libras. La boca de entrada se estrechó vertiendo piedras y arena, y el pequeño canal restante se cerró, echando a pique al inútil *Lautaro* y a una lancha, mientras que las cadenas de las anclas de la perdida *Amazonas* se tendían de orilla a orilla para impedir el paso de las lanchas enemigas. Además, se fondearon minas y en tierra tomó posiciones un batallón de infantería de Marina chileno en prevención de posibles desembarcos.

La segunda expedición

Pese a que se había hecho lo humanamente posible, Méndez Núñez quedó poco satisfecho del resultado de Abtao, pues, como sabemos, la alternativa dada por su gobierno a la destrucción de la escuadra enemiga era el bombardeo de los puertos de naciones hermanas, cosa que le repugnaba. Por ello decidió volver a intentarlo, ahora bajo su mando directo, de nuevo con la *Blanca* como guía, pero llevando a la blindada *Numancia*. No se le ocultaba que arriesgar el enorme buque en aquellas aguas era temerario, pero estaba dispuesto a arrostrar cualquier riesgo para completar su misión. Y de su decisión no cabe tener dudas, pues no hacía cinco años que en Pagulagán, en operaciones contra los moros de Filipinas, no había dudado en tomar «al abordaje» el fuerte enemigo, metiendo el bauprés de la goleta *Constancia* por encima de sus muros, lo que posibilitó el asalto y la victoria.

El 17 de febrero se inició la expedición, quedando el grueso de la escuadra frente a Valparaíso al mando de Pezuela. La navegación fue aún de mayor mérito, por las razones apuntadas, pero cuando avistaron Abtao se comprobó que el enemigo se había retirado a otra ensenada aún más recóndita, tras la isla Calbuco, a la que ya era imposible que la *Numancia* se acercara ni siquiera al más extremo alcance de sus piezas. Se impuso la retirada, no sin que todos lamentasen la falta de cañones, como los Armstrong de a 300 y 180 que poco después montarían los buques españoles, modernización que se había retrasado por diversas causas, y que hubiera sido decisiva en las circunstancias presentes.

La aproximación de un buque que, como la *Numancia*, podía echar a pique casi impunemente a toda la escuadra aliada, sembró el temor entre los aliados. Los mandos peruanos llegaron a pedir por escrito a Villar que se echara a pique en la entrada al vapor *Maipú*, para cerrarla aún más, y se consideró seriamente zamborrear todos los buques y salvar las dotaciones en caso de que el ataque se produjera. Pero las cosas, como sabemos, no llegaron a ese extremo.

Los defraudados españoles tuvieron, sin embargo, varios «premios de consolación», el primero al apresar el vapor chileno *Paquete del Maule*, al mando del capitán de fragata Luis Lynch, con otro de corbeta, tres tenientes de navío y diez marineros, además de una compañía de artilleros, al mando del capitán José Manuel Novoa, con otros tres oficiales y 130 hombres. Tales hombres iban destinados a reforzar las dotaciones de los blindados peruanos *Huáscar* e *Independencia*, que se esperaban de un momento a otro. Sabida es la anécdota de que los chilenos se quisieron hacer pasar por civiles neutrales, hasta que el oficial de presa español los desenmascaró al dar una orden de mando que los soldados obedecieron mecánicamente, acostumbrados por la disciplina a un reglamento que todavía era el antiguo español. La alegría en los buques españoles fue grande, pues tales prisioneros se podrían canjear por los de la *Covadonga*, y tal vez el conflicto entrara en vías de solución, alegría pronto frustrada por la negativa del gobierno chileno. Las otras dos presas fueron fragatas mercantes con carbón para el enemigo, combustible que fue recibido con parecida alegría en una escuadra con serios problemas logísticos.

Conclusión

Con la imposibilidad de destruir a la escuadra aliada, la contienda entró en una nueva fase que culminó en los bombardeos de Valparaíso y El Callao, incruento el primero y glorioso para ambas partes el segundo, pero su análisis es algo que nos aleja de los límites que nos hemos marcado, por lo que volvemos sobre nuestro asunto.

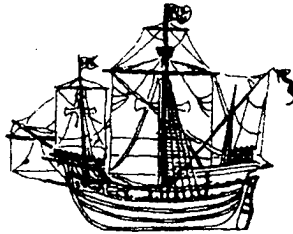
En resumidas cuentas, pese a fracasar en su objetivo principal, la escuadra española había conseguido encerrar a su enemiga en un punto inaccesible que ya no abandonó, salvo para rápidas exploraciones. Si bien es cierto que la escuadra aliada evitó su destrucción por las fragatas españolas, perdió en tan intrincadas aguas una de sus dos fragatas de hélice y un vapor armado, lo que representaba una sensible pérdida, dado lo limitado de sus efectivos. A ello se unió la pérdida del transporte mencionado, de los dos carboneros y de buena parte de la marina mercante chilena durante el bloqueo de sus costas.

Pero lo más definitivo es que la escuadra aliada dejó de ser un factor a considerar: ya no abandonó su refugio ni siquiera para atacar a la aislada *Almansa* que, a fines de abril, pasó frente a ellos, pese a que una sola fragata lo hubiera pasado mal frente a la concentración peruana y chilena, máxime con una dotación novata, y tan abarrotada como entorpecida con refuerzos y suministros para la escuadra.

De nuevo, en mayo, volvió a perder otra buena oportunidad cuando pasó frente a ellos, rumbo al Atlántico, Méndez Núñez con las fragatas *Villa de Madrid*, *Almansa*, *Blanca* y *Resolución*, mientras el resto de los buques españoles se dirigían a Filipinas al mando de Pezuela. Aunque las fragatas habían

sufrido serios daños y bajas en el combate de El Callao, al hallarse escasas de munición, con las dotaciones agotadas por la larga campaña, sin pisar tierra, y ya castigadas por el escorbuto, tampoco los aliados se decidieron a hacer algo contra ellas, especialmente cuando podrían haberse limitado a seguirlas, esperando que los españoles se toparan con los blindados *Huáscar* e *Independencia*, que por esas mismas fechas hacían la travesía contraria. Y desde luego, la situación de las cuatro fragatas españolas, ninguna de las cuales era blindada, hubiera sido en extremo peligrosa. No faltaron en el mismo Chile graciosos que se refirieron con sorna a la escuadra aliada, motejándola como *La Armada Invisible*.

Así, y es cierto que gracias a una superioridad material incontestable, aunque en modo alguno absoluta, como hemos visto la escuadra española del Pacífico supo conseguir y mantener el dominio del mar, obligando a sus enemigos a una defensa puramente pasiva que dejaba abandonadas sus costas, con consecuencias que hubieran podido ser trágicas de no ser por la caballerosidad de los españoles y los lazos de sangre que unían a los contendientes. Anular, y a tan bajo coste, la moral combativa de la escuadra enemiga fue otro de los mayores éxitos, aunque tal vez no el más recordado, del gran marino que fue Méndez Núñez en la memorable campaña del Pacífico.



BIBLIOGRAFÍA

- GARCÍA MARTÍNEZ, José Ramón: *Méndez Núñez (1824-1869) y la Campaña del Pacífico (1862-1869)*. Xunta de Galicia, 2000. Vol I. Estudio Histórico, Vol II. Colección Documental.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín Ramón: *La Campaña del Pacífico. España frente a Chile y Perú (1862-1871)*. Aguilar, Madrid, 1999.